



Fuente:<http://www.taringa.net/post/imagenes/3044165/Lucha-por-el-control-de-Somalia-en-Imagenes.html>

# Cuatro historias en la práctica islámica somalí

Ayaan Hirsi Ali

**En** 1991 mi padre me casó con un pariente mío que residía en Canadá. Por más que me resistí a sus planes, mi padre siguió adelante con

su decisión. Una vez en Alemania, camino de Canadá, vi la posibilidad de huir a Holanda. Aquí aterricé en un Centro de Acogida para solicitantes de asilo, en Zeewolde. Yo era la única que podía explicar su historia de refugiada en inglés. Dos

chicas somalíes que vinieron a vivir conmigo en mi *bungalow* me pidieron que las acompañara al centro de refugiados para explicar su historia; y no sólo allí, pronto fuimos a otros centros. Tenían piojos, de modo que debíamos procurarnos atención médica. Me fui con ellas al servicio de extranjería, a la Oficina de Ayuda Legal, a los centros de asistencia social. Entré en contacto con otros solicitantes de asilo somalíes a quienes hice de intérprete sin cobrar. Los asistentes sociales pronto me aconsejaron que me dedicara a ello profesionalmente, pues los intérpretes profesionales ganaban mucho dinero. Al principio mi neerlandés no era demasiado bueno, así que traducía del somalí al inglés. Los asistentes me lo solucionaron: “Empieza con el neerlandés, y si la cosa no funciona, volvemos al inglés”.

En 1993 salí del centro de solicitantes de asilo y presenté mi solicitud al Centro de Intérpretes de Holanda. Aunque saqué buena puntuación en los exámenes, me dijeron que me llamarían cuando llevase tres años en Holanda. Fue por aquel entonces que advertí que cada vez eran más los somalíes que venían a Holanda, y me

fui al Servicio de Naturalización e Inmigración, donde me inscribieron en una lista de intérpretes a los que llamaban en caso necesario, y desde entonces nunca me faltó el trabajo. He trabajado de intérprete de 1995 a 2001. En decenas de casos se trataba de mujeres y hombres que habían contraído una enfermedad de transmisión sexual (sida, sífilis, gonorrea, clamidia, etc.) y de mujeres que sufrían embarazos no deseados. Entre los recién llegados de países del Tercer Mundo existía un gran tabú respecto a la sexualidad, se producían muchos más casos de embarazos no deseados que en sociedades con mayor libertad sexual, como Holanda.

He aquí cuatro historias recopiladas durante mi experiencia como intérprete.

### “No estoy embarazada, soy virgen”

Una chica somalí de diecinueve años acudió al Servicio Médico del Centro de Acogida de Solicitantes de Asilo en s-Gravendeel aduciendo algunas molestias. El análisis de orina que se le hizo indicó que estaba embarazada. El médico quería hablar con ella y me

pidió que le tradujera la conversación por teléfono.

La chica se aterrorizó y prorrumpió en un llanto terrible. Yo la oía llorar al teléfono y me di cuenta de que no le salían las palabras. Estaba totalmente desesperada. Cada vez que lo pienso se me pone la piel de gallina.

Entonces dijo: “No puede ser, soy virgen, no estoy embarazada”. Y continuó negándolo. Añadía que podía probar que era virgen. “Tengo una sutura”. Ella no podía haberlo hecho con ningún chico, porque la sutura estaba intacta.

El médico intentaba calmarla y le prometió que volvería a hacerle otro análisis de orina.

Un tiempo después me llamaron por teléfono. La misma historia. El médico explica a la chica somalí que tras analizar de nuevo su orina era irrefutable: estaba embarazada. Él le preguntó si no había tenido ningún tipo de instrucción sexual, a lo que ella respondió: “¿Para qué necesito información sexual? Me tengo que casar virgen”.

Explicó que apenas llevaba un mes en Holanda. Un chico somalí que llevaba un tiempo residiendo en el

país y que hablaba neerlandés la había ayudado en todas partes. Siempre la había acompañado a su abogado. Un día la invitó a ella y a dos amigas somalíes a su casa, en Dordrecht. Allí intentó conquistarla. La llevó al dormitorio y las dos amigas se quedaron en la sala de estar. Quería llevársela a la cama y la desvistió. Él prometió no desvirgarla. Le recordó que la había ayudado y que ella ahora debía ser para él.

El médico tuvo que sonsacarle la historia. Ella explicó que el chico no la había penetrado con su pene, sino que sólo se había restregado contra sus partes externas. Eyaculó sobre ella, pero su sutura quedó intacta. Tanto en la experiencia de la chica como en la del chico ella había permanecido virgen.

El médico le explicó cómo podía quedarse embarazada, para lo cual era necesario que un hombre y una mujer tuvieran una relación sexual. Le explicó que algunas mujeres son más fértiles que otras y que en un ciclo hay períodos más fecundos y menos fecundos. Ella tuvo la mala suerte de que aquel día estaba en sus días fértiles, y por ello se quedó embarazada con tan sólo, quizás, una gota de esperma.

De sus reacciones se desprendía que no sabía nada de relaciones sexuales ni de reproducción.

El médico le explicó que tenía varias opciones; podía dar a luz al bebé, optar por un aborto o dar al niño en adopción.

La consternación en la joven era patente. “Sólo llevo un mes aquí —gritó histérica—, no puede ser. Mi familia ha invertido mucho dinero para hacer posible mi viaje a Holanda y ahora les recompenso con esto. Soy una vergüenza para ellos. Esto no puede ser. Me tengo que esconder”.

Cuando el médico le indicó la posibilidad de un aborto —era aún factible—, ella dijo: “No, no, no, me he apartado de la gracia de mi familia, y no quiero quedarme sin la gracia de Alá matando a mi bebé”. No quería abortar. Imposible negociarlo. “Voy a arder en las llamas del infierno”.

Según el Islam un embarazo fuera del matrimonio es ciertamente motivo de gran escándalo para la familia, aunque a los ojos de Alá aún es aceptable. Pero el aborto, matar a un bebé inocente, es un pecado mortal para el que no existe perdón posible.

Entonces el médico sugirió dar al niño en adopción. Tras unos minutos de titubeo, rechazó también esa opción. “He cometido un error —dijo ella—, debo asumir la responsabilidad”.



Ayaan Hirsi Ali.

Fuente:[http://www.radical.es/links.php?ccat\\_i=80](http://www.radical.es/links.php?ccat_i=80)

Así pues, el médico añadió que debía acudir a controles periódicos y que podía recibir ayuda psicológica. Cuando él le propuso que el padre de la criatura la acompañase, ella accedió. De ahí dedujimos que a ella el muchacho le gustaba.

Esta chica no sabía nada de nada. Nunca recibió ningún tipo de educación sexual porque, según su cultura, era innecesario. Para el matrimonio el sexo es siempre algo prohibido, ya que se llega virgen al

mismo. Disfrutar de información sexual llevaría a la gente a tener pensamientos equivocados.



Imagen tomada de *Submission*, video dirigido por Theo Van Gogh

Este tabú también conlleva que los musulmanes no sepan, efectivamente, lo que es el sida y cómo se puede contraer. Creen que es una enfermedad que afecta a los homosexuales, a los cristianos y a los no creyentes. A los musulmanes o a los somalíes, no. He hecho de intérprete a hombres que llevaban una vida sexual activa y que solían ir a burdeles. Cuando los análisis apuntaban a la posibilidad de que habían contraído el virus del sida decían: “No puede ser, soy

musulmán”. Como si el virus lo supiera.

Las chicas somalíes han crecido con el lema: conserva la sutura. La prueba tendrá lugar la noche de bodas. Si para entonces no tienes ya sutura, eres una prostituta. Coser los genitales de las mujeres no es una práctica islámica. El profeta Mahoma, a quien le fue confiado el Corán, prescribe la circuncisión masculina, pero no la femenina. La sutura es una práctica preislámica que el Islam adoptó como auténtica, lo mismo que el árbol de Navidad precristiano fue adoptado por la cristiandad. Los eruditos musulmanes nunca han rechazado esa práctica porque en el seno del Islam siempre se impuso que la mujer llegara virgen al matrimonio. Así que cuando conocieron esta costumbre tribal de coser a las mujeres, debieron pensar: “Así puedes garantizar perfectamente tu virginidad. ¡Qué bien!”. La sutura genital es una práctica habitual en varios países africanos como Somalia, Eritrea, Sudán, Egipto, pero también en Indonesia.

### La historia de Anab

Anab y Shukri eran dos solicitantes de asilo menores de edad. Al llegar a Holanda se les preguntó si tenían

familia en este su país de acogida. Llegaron a casa de Said, su medio hermano, que vivía con su mujer en Holanda desde hacía cinco años. En lugar de asignarle un tutor oficial, la fundación De Opbouw —la responsable de las tutorías de todos los menores solicitantes de asilo que estaban solos— le cedió la tutoría a Said. La fundación debería haber estado atenta.

Las dos niñas sufrieron un abuso sexual sistemático por parte de Said; Anab, la mayor, por más tiempo y de modo más violento. La historia salió a flote cuando Shukri fue a la asistente social de la fundación De Opbouw y lo explicó todo. La fundación presentó una denuncia y recurrió además a la Protectora de Niños. Said fue detenido y encarcelado.

En la oficina central de la policía en La Haya conocí a una hermana de Anab y Shukri. Me pidieron que hiciese de intérprete para esa mujer somalí en avanzado estado de gestación y con la cabeza tapada. Nada más verme me saludó y me soltó de inmediato: “¿De quién eres?”, lo que en verdad significa: “¿De qué clan eres?”. Le dije que yo, como intérprete profesional, no tenía por qué responder a esas preguntas.

Pero como soy una mujer somalí ella quería saberlo por todo lo que iría saliendo a la palestra. Me negué de nuevo e hice valer mi derecho a guardar silencio.

Me explicó que tanto ella como sus dos hermanas y su medio hermano pertenecen a la misma línea patriarcal. Dentro de la línea de descendencia, el medio hermano estaba considerado un hermano. La policía le preguntó detalles sobre el delincuente: sobre el abuso sexual, si había abusado ya antes de otras mujeres y niñas, si seguía siempre el mismo patrón de comportamiento, etcétera. A continuación, ella se tomó media hora para explicar que su familia no era tan impura, que eso era algo que pasaba con los chicos, que el abuso sexual no se da entre somalíes, que eso es una maldición. Y que ella, además, deseaba saber lo que había sucedido. La mujer estaba totalmente confundida. Incluso se preguntaba cómo debía rectificar.

Entonces supe algunos detalles sobre el asunto: cómo y cuándo empezó todo, quién presentó la denuncia, y que Said no sólo había abusado de las dos menores, sino que con frecuencia solía también violar y maltratar a su mujer.

Aproximadamente una semana después llegó mi prima Maryan para vivir conmigo. Me preguntó si podía recogerla durante el fin de semana en una casa de Zuid-Holland; había ido a visitar a una amiga, a la que conocía desde el tiempo en que había llegado a Holanda. Ambas estuvieron en su momento bajo la tutoría de la fundación De Opbouw y se hicieron amigas: se divertían juntas y calzaban zapatos con tacones muy altos.

En aquella dirección de Utrecht me encontré un lío fenomenal. La casa entera apestaba a orina. Dos niños pequeños de unos dos años correteaban con pañales que nadie les cambiaba. Había pañales sucios arrojados por toda la habitación. La amiga de mi prima, en cuya casa estábamos de visita, se llama Anab. Tras ofrecernos té, se dirigió a la cocina donde permaneció un buen rato.

Mientras permanecía sentada en un banco con Maryan, allí en Utrecht, y Anab preparaba té (creo que fue incapaz de encontrar lo necesario, pues nunca vimos el té en cuestión), Maryan dijo: “¿Ves aquellas cintas de vídeo? Son sólo porno. Porno duro. El marido de Anab las alquila y la obliga a que las vea y a hacer todas las locuras que aparecen en ellas. La

ha violado analmente. Le hace cosas tremendas”.

En ese momento reconocí las historias: esta joven es la misma Anab que conocí en la oficina de la policía de La Haya. Mientras su violador está entre rejas, la familia ha decidido que la abusadísima Anab se desposaría con un primo, puesto que ya no era virgen. Al abuso sexual, “que jamás sucede en nuestra familia”, se le ha echado tierra encima. El nombre de la familia ha quedado limpio.

Tras hacer algunas indagaciones, resultó que casaron a Anab después de que cumpliera dieciocho años, la edad en que la fundación De Opbouw se desentiende de la vigilancia. Probablemente, su primo padecía algún tipo de deficiencia, y de otra manera nunca hubiera podido tener una mujer. Así que la familia le dijo: “Tenemos una mujer para ti, y será tuya, pero debes mantener la boca cerrada sobre todo aquello que le sucedió”. Después de años de padecer abusos de su medio hermano, ahora era el primo con el que la habían casado quien abusaba de ella.

Anab se había escapado en un par de ocasiones, y el servicio social la atendió. Pero acabó volviendo

siempre a casa. Según una vecina, Anab había estado un tiempo en una casa de acogida, adonde la fue a buscar su marido. Said sigue preso porque ha abusado de Anab, pero su marido, quien incluso ha abusado de ella de un modo más brutal si cabe, vive en libertad.

La familia de Anab y Shukri había pagado una cantidad importante a unos traficantes de personas para que sus niñas pudieran ir a la escuela en Holanda. Lo hicieron con esperanza y optimismo, y he aquí el final. Sin quererlo.

La historia de Anab es la historia de una joven sacrificada para salvar el honor de la familia en nombre del culto a la virginidad. Y no es sólo Anab la que sufre las consecuencias del mito de la virginidad; también su marido y sus hijos son víctimas. Su marido le hace cosas horribles que él justifica diciéndose a sí mismo: “No era virgen, entonces era una puta”. Y sus dos niños crecen literalmente entre ruinas. ¿Cómo van a salir adelante?

La hermana menor de Anab, Shukri, huyó para siempre. Escapó y no quiere volver a saber nada de su familia.

## El ama de casa honesta

Tiene entre treinta y cuarenta años, es madre de dos hijos y está embarazada del tercero. El médico le dice que debe hacerle una exploración a causa del embarazo y que le ha de comunicar el resultado del análisis de sangre. Tiene el virus del sida.

La mujer reacciona con estupefacción: “No es cierto. He llevado una vida correcta, me he mantenido virgen. He seguido estrictamente los preceptos del Islam y de mi familia. Y cuando era joven ni siquiera miraba a los chicos. Nunca he estado a solas con uno. Queda totalmente excluido que pueda haber contraído una enfermedad sexual”.

A continuación, el médico le aclara que, aun así, ella ha contraído el virus y le pregunta: “¿Qué tal la vida sexual de su esposo?”.

La mujer le explica que su marido es muy bueno con ella y con sus hijos, que se comporta de manera particularmente responsable y que procede de una buena familia. Es imposible que su marido tenga el sida, habida cuenta, además, de que se trata de una enfermedad que los musulmanes no pueden contraer. Es

una enfermedad que afecta a cristianos y, sobre todo, a homosexuales. Ni ella ni su marido han recibido transfusión alguna, así que no puede ser.

La exploración a la que se sometió el marido arrojó un resultado en apariencia similar: también estaba afectado por el virus. Él llegó a Holanda antes que ella y, en el cuadro de la reunificación familiar, la mujer hacía poco que había viajado al país de acogida. En el tiempo que él permaneció solo, seguramente llevó una vida sexualmente desordenada y prolífica o frecuentaba los prostíbulos.

### **“Después del aborto debo seguir siendo virgen”**

El médico me llamó. “Tengo en la consulta a una chica somalí —me explica—, con algo serio que contar; pero no quiere intérprete. No obstante, acabamos de saber que aceptaría una intérprete por teléfono. ¿Quieres ocuparte tú?”

La chica se negaba a que interviniera un intérprete porque, como somalí, se avergonzaba de explicar sus

problemas en presencia de otra somalí. Para ganar su confianza le aclaré que como intérprete estaba obligada a guardar secreto profesional. Ella no quería decir su nombre. Tenía diecisiete años, pero era muy astuta. Cuando le prometí que no contaría nada, me respondió: “Más te vale no hacerlo”.

—Estoy embarazada y quiero abortar —le dice al médico.

—¿Cómo sabes que estás embarazada? —pregunta éste.

—He comprado Predictor y el test da resultado positivo —responde ella—. Lo sospechaba, porque no me venía la regla.

A continuación el médico le dice que aún es menor de edad, razón por la que no la puede enviar a una clínica abortiva. Los tutores de la fundación De Opbouw deben implicarse en la decisión.

—No, eso no —fue su respuesta—. No quiero que lo sepan.

El médico concluye que, en ese caso, no puede ayudarla.



Fuente: <http://www.stopablacion.org/>

—De acuerdo —dice ella—, entonces iré a Rotterdam. Allí hay una mujer de Cabo Verde que podría estar dispuesta a hacerlo.

—Entonces, bien —acepta el médico, no sin cierto temor por lo que podría suceder en Rotterdam—. Yo quiero ayudarte, pero para ello también quiero que la intérprete esté presente, porque es mi obligación como médico explicarte un montón de cosas.

Ella explica cómo reaccionarían en su comunidad ante su embarazo: “Si se percatan me encerrarán”. En el centro de acogida comparte habitación con

otras dos mujeres somalíes. Para evitar que ellas puedan llegar a saberlo quiere que el aborto tenga lugar lo antes posible.

Me aceptó como intérprete y en connivencia con el médico hablamos con ella para explicarle que en Holanda no se puede practicar un aborto así, sin más. Le pedimos que se tomara un par de días para reflexionar sobre las preguntas que le formularían (“¿De cuánto tiempo estás?” “¿Quieres implicar al padre de la criatura en esto?”). Debía profundizar en estos aspectos para tomar una decisión. Debía estar segura de que quería que le

practicaran un aborto. Pero su decisión parecía firme; entonces se fue a la clínica abortiva en Leiden y yo la acompañé.

Tanto la sala de espera de la clínica como las habitaciones de recuperación estaban llenas de mujeres extranjeras, particularmente turcas y marroquíes, aunque también chinas. A la joven a quien yo acompañaba como intérprete le hicieron las mismas preguntas y de nuevo se le dio un tiempo para pensárselo. A la pregunta de si quería que el padre de la criatura estuviera presente, dijo: “No, me prometió no penetrarme totalmente y sin embargo lo hizo. No lo quiero implicar en esto”.

Exigió que el aborto no le desgarrara la sutura. Ésta debía quedar intacta. El médico miró la sutura y le comentó que no era posible. “Entonces, quiero que me cosan de nuevo después de abortar”, dijo ella.

Una vez finalizada la operación, el médico le dijo que antes de proceder con la sutura ella debía restablecerse. Presuntamente, eso no llegó a pasar. Es probable que la joven no tuviera una autorización para que la suturasen tras abandonar la clínica abortiva. Eso lo tenía que hacer otro

médico; los médicos holandeses no lo hacen.

La asistencia social holandesa no conoce en profundidad los problemas que tienen los musulmanes, por lo que contribuye sin pretenderlo al mantenimiento de la jaula de la virginidad. Los psicólogos holandeses están acostumbrados a acercarse a sus pacientes en tanto individuos. En mi calidad de intérprete he experimentado que hacen lo mismo con las mujeres musulmanas. Y la pregunta importante siempre es: “¿Qué es lo que quieres tú?”. Son muchas las mujeres que, como respuesta, se quedan calladas y se encogen de hombros. “Lo que diga mi marido”, susurran tímidamente, o “Lo que quiera Alá”, e incluso hay mujeres que les dicen a los asistentes sociales: “Lo que usted quiera”. Nunca han aprendido a querer algo por sí mismas. “¿Qué deseas para tus hijos? ¿Qué decisión tomarías por ellos?” son cuestiones que las mujeres musulmanas tampoco han aprendido, y que por lo tanto desconocen. Los asistentes sociales no comprendían y quedaban confusos y frustrados. Lo único que podían hacer era enviarlas a otras instancias, pero ¿hasta qué punto puedes hacerlo?

Hay una especialidad que surgió en el contexto de la asistencia social y que se dio en llamar bienestar intercultural (o algo que suena igual de mal). Allí recogen por ejemplo, y por separado, a las mujeres musulmanas que han sido maltratadas, como en la casa rotterdamesa de acogida Saadet. Las mujeres que llegan allí no aprenden cómo ser capaces de defenderse, cómo llegar a ser autónomas. No, los cursos de asertividad sólo están reservados para las víctimas de violencia que son autóctonas. Para las mujeres extranjeras se concibe como solución la “mediación” entre la víctima, su familia y su marido. Esa actitud de los asistentes sociales tiene su origen en los consejos de las comunidades de intereses de extranjeros que se quieren organizar, bien por la vía religiosa, bien por la vía étnica. Los portavoces de esas instancias étnico-religiosas — subsidiadas por el gobierno— son hombres, y en los últimos tiempos algunas mujeres interesadas en mantener un determinado statu quo.

Ayaan Hirsi Ali (Somalia, 1969) es una reconocida crítica del islamismo y defensora de los derechos de la mujeres. Se asiló en Holanda donde hizo parte del Parlamento.

Escribió el guión del cortometraje *Submission* (sumisión o islam) que realizó el cineasta holandés Theo van Gogh, quien fue asesinado por un islamista. El fragmento aquí incluido hace parte de su obra *Yo acuso. Defensa de la emancipación de las mujeres musulmanas*, traducción de Natalia Fernández Díaz, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2006, pp. 120-132.